

Jorge Galemire

Entre el micrófono y la penumbra

Conocí a Jorge Galemire a mediados de marzo de 1971, en la escalera de la vieja Radio Panamericana. Tocaba una guitarra de cuerdas de metal, de esas que terminan con el mango vencido porque fueron pensadas para soportar cuerdas de nylon, no de metal.

Como todo inseguro inteligente, se valía de la ironía en todas sus gamas, a veces como bastón, y del bastón a veces un estoque...

Hicimos buenas migas. Le gustaba el folk, algo de country y los grupos ingleses. Y tocaba con una prodigiosa mano derecha cosas al modo de S. Stills. ¿Cómo no hacer buenas migas?

* * *

Y bien hermanito, has hecho tu número ayer en La Barraca. Remolcando la música del país como siempre. Dándole un pellizco en el trasero a la señorita que toma un cóctel y no sabe muy bien de qué se trata eso que suena allí a unos metros.

Eso, ¿no, loco?, cinchar con la viola a cuerdas, contra los años, sacudir y acariciar la penumbra del lugar.

(Al fin de cuentas lo demás es silencio).

¿Cómo se llamará la música que tocás, Jorge Menehem Galemire?

Ni vos ni yo tenemos la respuesta.

No tiene una etiqueta (todavía) el beat inglés del '60, mezclado con una sincopa de murga, con un planteo vocal austero por veces, y otras con inverosímiles melismas que acaso te vengan de la turquería sefardita que va por tus venas. Los acordes, los de siempre entre tu viola y vos, y no obstante aún rinde que vayas del Mi menor al La mayor; un riff, un apoyo de bajo y un Sol mayor con la quinta muerta.

Al diablo el sol mayor, o cualquier cosa

diurna. Estoy hablando de una madrugada. Cuando es la hora del oficio nocturno. La calle es del policía, la puta y el realero. El bichicome bajo sus diarios apoya la cabeza en la botella vacía.

...Macanudo. Hiciste tu número. Dos largas partes detrás de un micrófono, con la Yamaha negra colgada, hiciste varias películas, respetaste tus leyes y las rompiste, también respetando tus leyes, es decir rompiéndolas. No hablaste. Sé que te cansaste, porque cansa estar al pie de la jirafa, como quien dice, entre el micrófono y la oscuridad, bancar la atención de la parte fiel de la tribu, y ganar la de los otros... Enterrar un reloj de oro en la Antártida. Mantener la afinación de la sexta (entre dos acordes). Saber dónde estás, registrar a la rubia de la mesa de la derecha, escupir un diamante cada tanto. Mantenerse de pie, hacer la seña a Andrés..., joder, cansa. Y después. Van y te piden tres bises. Y that's all folks.

Voy a decirte otra cosa. No me importa que te rías. Me aliviaste el paso del tiempo. El tiempo vivido entre tus championes y el implacable tambor de Gustavo aligera la soledad ¿sabías?

* * *

Conocí a Jorge Galemire a mediados de marzo de 1971. Aún estamos vivos los dos. Algún día podré decir que cierta vez en un periódico, escribí una nota en primera persona como testigo de mi maestro y amigo Jorge Galemire, músico y poietá, mantenedor sin armadura de la música del lugar, fundador despreocupado y preocupante del sonido y la razón de la República Ohl del U.

Eduardo Darnauchans
Domingo once de junio de 1989

La vanguardia de los veinte

CAZADOR EN EL ALBA/FRANCISCO AYALA

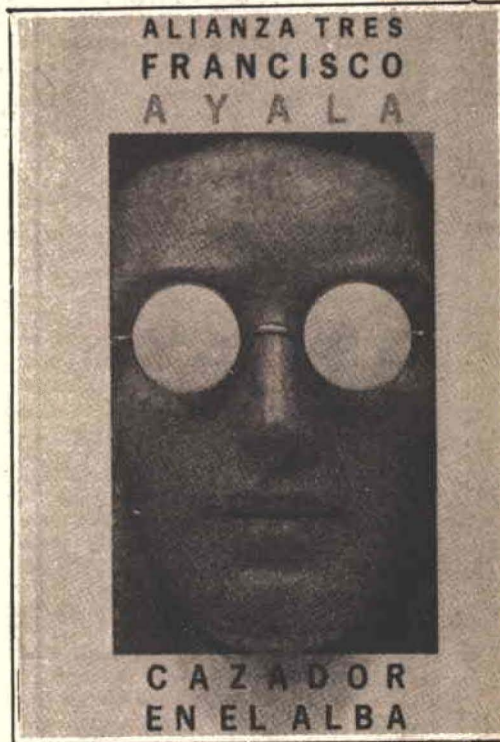
Alianza Tres N° 225. Alianza Editorial, Madrid, 1988. 159 p.p.

Distribuye: Alianza Distribuidora Uru-guaya.

Francisco Ayala siempre ha visto los relatos de este libro —relatos incluidos originariamente en *El boxeador* y *un ángel* (1929) y *Cazador en el alba* (1930)— como el fruto transitorio de una etapa con límites muy definidos. El antes y el después de su producción novelesca difieren entre sí y van por otros caminos. Su publicación anterior *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* (1925) era una continuación de la tradición realista de la novela clásica. Los relatos vanguardistas, en cambio, recogidos aquí bajo el título *Cazador en el alba* constituyen un fiel reflejo de la etapa de creación literaria más experimental iniciada por el escritor a fines de los años veinte.

Luego del traslado de su familia a Madrid, Ayala toma contacto con un movimiento literario por el cual se siente atraído desde el principio. "Sentía que la vanguardia, a cuyos movimientos extranjeros y no sólo españoles me asomé con ávida curiosidad, era la actitud idónea para dar expresión literaria a la época en que estábamos viviendo". Estas ficciones breves unen los procedimientos de la nueva retórica (Ayala recuerda sus ávidas lecturas de Unamuno, Valle-Inclán, Eugenio d'Ors) con la evocación de una herencia cultural y una historia personal sumamente rica.

En estos relatos breves la aventura la crea el propio lenguaje. La palabra genera continuas asociaciones, transformando la realidad, por lo general anodina o intrascendente. Todo aquí es otra cosa, o bien lo parece: la naturaleza, los objetos, los animales, el cuerpo del hombre. A través de la metáfora, Ayala enlaza sus prosas con la tradición literaria y las vincula a la estética vanguardista de la época. Ensambla imágenes familiares y las desdobra inesperadamente, como un ilusionista. "Variadas fantasías alimentaron entonces", recuerda Ayala "relatos que publicó la Revista de Occidente; relatos 'deshumanizados', cuya base de experiencia se reducía a cualquier insignificancia, o vista o soñada, desde la que se alzaba la pura ficción en forma de una retórica nueva y rebuscada, cargada de imágenes sensoriales". La anécdota es una excusa. Puede ser incluso conocida y de dominio público. Lo esencial es la construcción sorprendente que a cada paso consigue con las palabras gracias a insospechadas asociaciones. Junto a la "intrascendencia" de este arte, la originalidad como objetivo. Las imágenes, las metáforas son su instrumento. La cabriola lírica llevada al paroxismo, al asombro, al goce por el ingenio exhibido.



Los escritores vanguardistas utilizan un mismo instrumento: la imagen. Pero la crean a cada instante. La semejanza puede ser insospechada. Depende del ingenio del escritor y de la capacidad del lector de descubrir y advertir el nexo entre la realidad y el lenguaje. La realidad se transforma simultánea o sucesivamente gracias a las palabras. En bellas miniaturas literarias como "Susana saliendo del baño", la superficie del agua del baño de la protagonista será un espejo, una bandeja o un mapa, según la realidad que imagine su creador a partir de ella.

El último de los relatos (cronológicamente, no en el orden impuesto en este volumen), "Erika ante el invierno", nacido de la experiencia de Ayala en Berlín, ya sugiere la importancia de la trama, del argumento ambiguo e inquietante.

El tiempo había pasado. Vendrá la época del compromiso. No eran días ya para los juegos verbales, para recrearse con el propio lenguaje. Los actos "humanos" obligaban a los entes de ficción a sufrir sus consecuencias para que el espejo fuera útil.

El propio escritor no sólo abandona la creación por la pura creación, sino que casi se disculpa por haberlo hecho. En el prólogo de *La cabeza del cordero*, escribía: "A los veinte años, uno escribe porque le divierte, ¿y para qué más justificación? A los cuarenta, ya es otra cosa: hay que pensarlo".

Emilio Fernández

AGUA

jane

Esta es la marca que ningún virus o bacteria pueden pasar.

PARA VIVIR A LIMPIO SOLO HAY UNA:
AGUA JANE

RECOMENDADA
PARA LA PREVENCIÓN
DEL SIDA



**Academias
PITMAN**

**INSTITUCION DE ENSEÑANZA COMERCIAL
IDIOMAS Y COMPUTACION**

AUDIO - DACTILOGRAFIA - TAQUIGRAFIA - CONTABILIDAD
SECRETARIADO COMERCIAL - INGLES - DIBUJO - COMPUTACION
LEGISLACION IMPOSITIVA Y LABORAL - COMERCIO EXTERIOR
GUIA TURISTICO E IDONEO DE AGENCIAS DE VIAJE

18 DE JULIO 1645 P.1
GRAL. FLORES 2545
AGRACIADA 4141 P.1
8 DE OCTUBRE 3822

TEL: 40-06-06
TEL: 23-38-86
TEL: 39-53-16
TEL: 58-98-72

EL CURSO COMIENZA Y AVANZA
CON UD. ¡INSCRIBASE YA!